

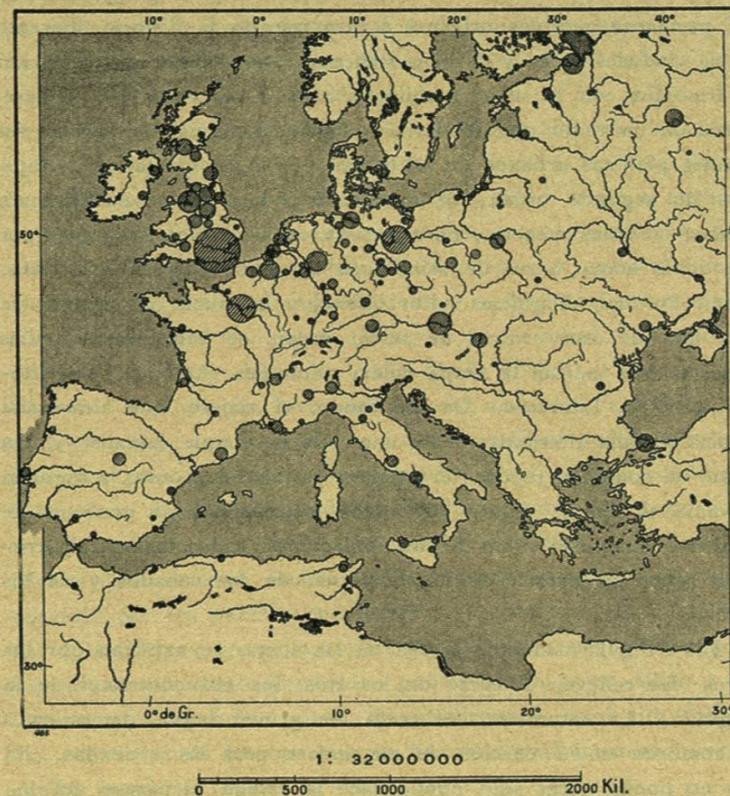
madera que representaban los ídolos del hogar, trató de seguirlos, pero en vano, porque los perdió de vista, y se vió obligado á fundar en la orilla un campamento provisional, hasta que, tres años después, encontró las maderas sagradas cerca de las cuales transfirió su ciudad, tan ventajosamente situada como puede serlo en aquel temible «País de los Hielos».

Si la Tierra fuera completamente uniforme en su relieve, en la cualidad del suelo y las condiciones del clima, las ciudades ocuparían una posición geométrica por decirlo así: la atracción mutua, el instinto de sociedad, la facilidad de los cambios las hubieran fundado á distancias iguales unas de otras. Dada una región llana, sin obstáculos naturales, sin río, sin puerto, situada de una manera particularmente favorable y no dividida en Estados políticos distintos, la ciudad mayor se hubiera elevado directamente en el centro del país; las ciudades secundarias se habrían repartido á intervalos iguales á su rededor, rítmicamente espaciadas, y cada una tendría su sistema planetario de ciudades inferiores con su cortejo de villas. La distancia normal de una jornada de marcha, tal debería ser sobre una llanura uniforme el intervalo entre las diversas aglomeraciones urbanas: el número de leguas recorridas por un andador ordinario entre el alba y el crepúsculo, sea doce á quince, correspondientes á las horas del día, constituiría la etapa regular de una ciudad á otra. La domesticación de los animales, después la invención de las ruedas y por último las máquinas han modificado gradual ó bruscamente las medidas primitivas: el paso de la montura y luego la vuelta al eje determinaron el avance normal entre las grandes reuniones de hombres. En cuanto á las villas, su distancia media tiene por medida el trayecto que puede recorrer el agricultor conduciendo su carretilla cargada de paja ó de espigas. El agua para el ganado, el transporte fácil de los frutos del suelo, he ahí lo que determina el sitio del establo, del granero y de la cabaña.

En muchas comarcas pobladas desde tiempos remotos y que presentan todavía en la distribución urbana de sus habitantes las distancias primitivas, se halla, en el desorden aparente de las ciudades, un orden de distribución que fué evidentemente determinado por el paso de los caminantes. En la «Flor del Medio», en Rusia,

donde los ferrocarriles son de creación relativamente reciente, en la misma Francia, se puede observar la admirable regularidad con que

N.º 485. Ciudades europeas á partir de 100.000 habitantes.



La superficie de los círculos es proporcional á la población de las ciudades que representan á razón de 150,000 habitantes por milímetro cuadrado. Las aglomeraciones de 100,000 habitantes están representadas en lo posible con sus suburbios. Además, cierto número de ciudades han debido ser fusionadas en un solo círculo. He aquí los grupos: South Shields, Gateshead, Sunderland y Newcastle. — Breston, Blackburn y Burnley. — Halifax, Bradford y Leeds. — Birkenhead, Oldham, Manchester y Liverpool. — Derby, Nottingham y Sheffield. — Wolverhampton, Salford y Birmingham. — Southampton, Brighton y Portsmouth con Londres. — La Haya y Rotterdam. — Gante, Amberes y Bruselas. — Roubaix y Lille. — Altona y Hamburgo. — Schoneberg, Rixdorf, Charlotemburgo y Berlín. — Bochum, Gelsenkirchen, Barmen, Elberfeld, Dortmund, Duisburgo, Essen y Dusseldorf.

se distribuyeron las aglomeraciones urbanas antes que las explotaciones mineras é industriales viniesen á turbar el equilibrio natural

de las poblaciones ¹. Así, la ciudad capital de Francia, París, se ha rodeado, hacia las fronteras ó las costas del país, de ciudades que sólo á ella ceden en importancia: Burdeos, Nantes, Ruán, Lille, Nancy, Lyon. La antigua ciudad, fenicia y después griega, Marsella, pertenece por sus orígenes á otra fase de la historia diferente de las ciudades galas y después francesas; sin embargo, su posición se armoniza con la suya, porque se halla á la extremidad mediterránea de un radio que doblaría la distancia normal de París á los grandes planetas urbanos de su órbita. Entre la capital y las capitales de segundo orden, se fundaron, á intervalos sensiblemente iguales, ciudades menores, pero todavía considerables, separadas por una doble etapa, ó sea de veinticinco á treinta «leguas»: Orleans, Tours, Poitiers, Angulema. Por último, á la mitad del camino de cada uno de esos centros de tercer orden, se han formado villas modestas que indican la etapa media: Etampes, Amboise, Chatellerault, Ruffec, Libourne. De ese modo, el viajero que atravesaba Francia hallaba alternativamente una villa de simple descanso y una ciudad de completo reposo: la primera bastaba al peatón, la segunda convenía al jinete. Sobre casi todos los caminos se producía de la misma manera el ritmo de las poblaciones, cadencia natural arreglada sobre la marcha de los hombres, de los caballos y de los carruajes.

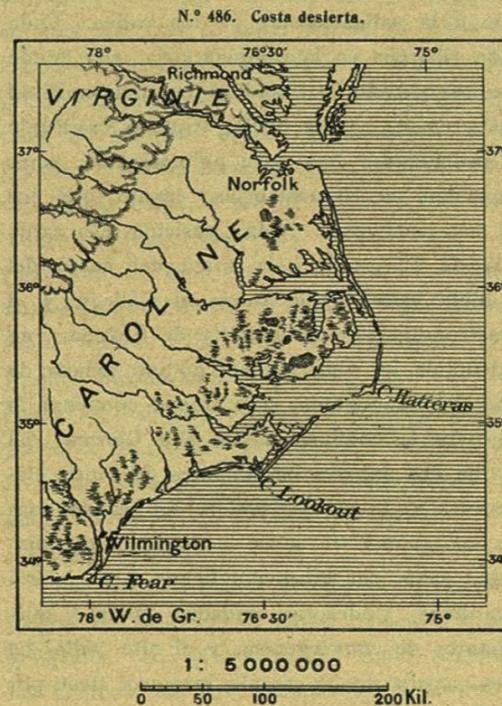
Las irregularidades de la red de las etapas se explican por los rasgos del relieve, el curso de los ríos, los mil contrastes de la geografía. La naturaleza del suelo, en primer lugar, determina á los hombres en su elección de un terreno para las viviendas. La villa no puede nacer sino donde nace la espiga; sepárase del ingrato erial, de los montones de guijarros, de las duras arcillas, y surge espontánea en la proximidad de las tierras flojas, fáciles de labrar, y no en las regiones bajas y húmedas, de fecundidad excepcional: la historia de la agricultura enseña además que los aluviones blandos alejan al hombre por su insalubridad, y no fueron dedicados al cultivo sino por esfuerzos colectivos correspondientes á un período ya muy adelantado de la humanidad.

¹ Gobert, *Le Gerotype*.

Las tierras demasiado desiguales, lo mismo que los suelos demasiado áridos, no atraen tampoco las poblaciones é impiden ó retrasan su fundación. Los glaciares, las nieves, los vientos fríos expulsan, por decirlo así, á los hombres de los ásperos valles de las montañas: la tendencia natural de las ciudades consiste en fundarse inmediatamente fuera de la región difícil en el primer punto favorable que se presenta á la salida misma de los valles. Cada torrente tiene su población ribereña en la campiña baja, allá donde su cauce, repentinamente ensanchado, se ramifica en una multitud de ramas á través de los arenales. Cada doble, triple ó cuádruple confluente de valles da nacimiento á una gran aglomeración, tanto más considerable, en igualdad de circunstancias, cuanto que los cauces convergentes son más caudalosos. ¿Hay posición más naturalmente indicada que la de Zaragoza, á la mitad del curso del Ebro, en el cruce del doble valle donde corren el Gállego y el Huerva? Y Toulouse, metropolitana del mediodía de Francia, ¿no ocupa un lugar que el dedo de un niño hubiera podido señalar de antemano como punto de cita de pueblos, sitio donde comienza la navegación fluvial, debajo de la confluencia del alto Garona, del Ariège y del Lers? En los dos ángulos occidentales de Suiza, Basilea y Ginebra están situadas en la encrucijada de las grandes vías seguidas por los pueblos emigrantes, y, sobre la vertiente meridional de los Alpes, todos los valles sin excepción tienen á su puerta de salida una ciudad guardiana; poderosas ciudades, Milán y muchas otras, marcan los puntos de convergencia, y el alto valle del Po, constituyendo los tres cuartos de un círculo inmenso, tiene por centro natural la ciudad de Turín.

Sobre el curso inferior del río, la fundación de ciudades se determina por condiciones análogas á las del medio: á la conjunción de dos corrientes ó sobre un punto de bifurcación de tres ó cuatro vías navegables ó de los caminos naturales que se presentan á la vez, en lugar de las dos únicas de la parte inferior ó superior del río. Aparte de otros grupos que se fijan en las escalas de parada necesarias, rápidos, cascadas, desfiladeros rocosos, donde vienen á calar los barcos, donde se traspordan las mercancías; los estrechos de los ríos, en los sitios donde el cruce se hace con facili-

dad, están también indicados como solar de villa ó de ciudad, si se juntan otras ventajas á las que ofrece la angostura fluvial. Tal curva bien marcada de un río, aproximando su valle á un gran centro de actividad situado en otra cuenca, puede reunir también los hombres en gran número. Así se edificó Orleans en la orilla de-



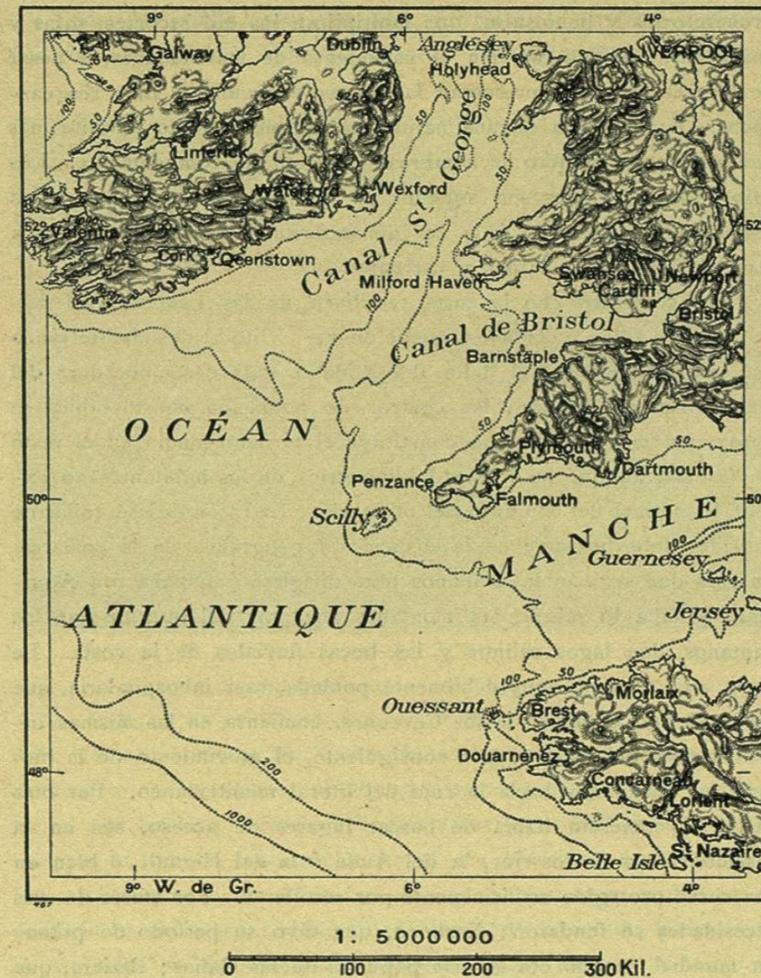
recha del Loira, que se desarrolla más al Norte en la dirección de París, y Tzaritsin se halla en el sitio en que el Volga se acerca al Don. Por último, sobre cada río, el punto vital por excelencia es el sitio, próximo á la desembocadura, en que viene á detenerse la marea ascendente y sostener la corriente superior y donde los barcos, conducidos por la corriente de agua dulce, encuentran naturalmente á los de mar bogando con el flujo. En la organización hidrográfica, ese punto de reunión puede ser asimilado al cuello del árbol, entre el sistema de la vegetación aérea y el de las raíces profundas, tal es la forma normal del gran puerto europeo en los mares de marea: Hamburgo ó Londres, Amberes ó Burdeos.

Los recortes del litoral influyen también sobre la repartición de las ciudades. Algunas costas arenosas apenas curvadas, inabordable á los barcos, á excepción de los días de absoluta calma, son en todo lo posible evitadas por el hombre del interior, lo mismo que por el marino aventurado sobre el Océano. Ejemplo: en la costa

de 220 kilómetros de longitud, que se perfila en línea recta desde el estuario del Gironde hasta la desembocadura del Adour, no hay

de 220 kilómetros de longitud, que se perfila en línea recta desde el estuario del Gironde hasta la desembocadura del Adour, no hay

N.º 487. Costas con muchos puertos.



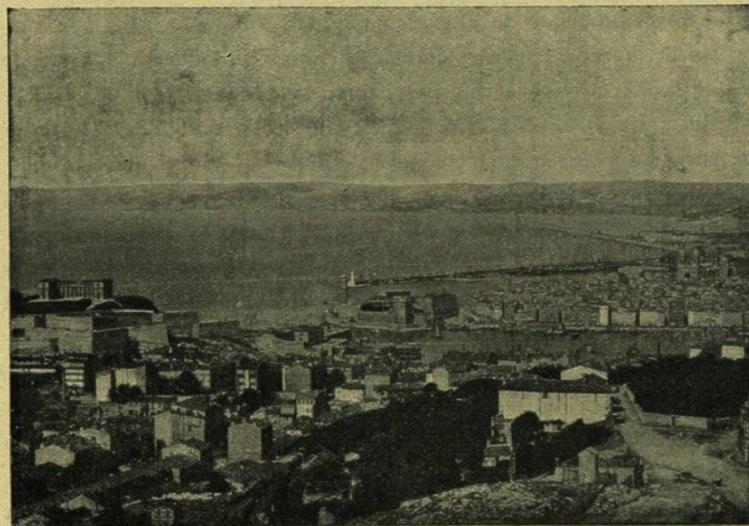
otra ciudad que la pequeña Arcachón, simple estación balnearia y residencia veraniega, situada detrás de la orilla, dentro de las murallas formadas por las dunas del cabo Ferret. Así también los for-

midables cordones litorales que bordean las Carolinas, á lo largo del Atlántico, no dan acceso, entre Norfolk y Wilmington, más que á pobres pueblecillos que sostienen entre sí con gran dificultad un peligroso tráfico. En otras regiones costeras, islas, islotes, rocas, promontorios y penínsulas, que multiplican los mil recortes, calas y ensenadas, impiden también el nacimiento de las ciudades, á pesar de las ventajas que presentan las aguas profundas y bien resguardadas. La violencia de una naturaleza atormentada no permite más que á un corto número de hombres agruparse allí cómodamente. Los sitios más favorables son aquellos en que la costa, bajo un clima templado, es accesible á la vez del exterior y del interior á toda clase de vehículos, barcos y carruajes.

Por contraste con la costa rectilínea de las Landas, casi desprovista de villas y ciudades, puede citarse el litoral del Mediterráneo languedociense entre el delta del Ródano y la desembocadura del Aude. En esta región, los centros de población considerables se aproximan más que lo que constituye el término medio en el resto de Francia, aunque la densidad kilométrica de los habitantes no excede lo normal del conjunto del territorio. La razón de ese collar de ciudades debe buscarse en la disposición geográfica de la comarca. La ruta que seguían los Italianos para dirigirse á España ó á Aquitania evitaba lo mismo las montañas abruptas del interior que los pantanos, los lagos salinos y las bocas fluviales de la costa. La parte alta, abrupta, muy débilmente poblada, casi inhospitalaria, que limita al Sud el muro de los Cevennes, comienza en las mismas inmediaciones del mar, y, por consiguiente, el movimiento de la historia fué rechazado hacia la ruta del litoral mediterráneo. Por otra parte, el comercio había de buscar lugares de acceso, sea en la desembocadura de los ríos, la del Aude ó la del Herault, ó bien en una curva protegida artificialmente por escolleras. Por efecto de esas necesidades se fundaron: Narbona, que tuvo su período de potencia mundial cuando era la más populosa de las Galias; Beziers, que fué próspera en tiempo de los Fenicios y que es todavía uno de los grandes mercados agrícolas de Francia; Agde, la ciudad griega, á la que ha sucedido en importancia Cette, otra ciudad de origen helénico; Montpellier, la capital intelectual del Mediodía, donde los Sarra-

cenos y los Judíos fueron los precursores del Renacimiento. Al otro lado se estrechan todavía las ciudades, y la antigua Nimes, sentada al borde de su fuente, concierta con el curso del Ródano por las tres ciudades Aviñón, Beaucaire y Arles.

Todas las condiciones naturales, agrícolas, geográficas y climáticas influyen en bien ó en mal sobre el desarrollo de las ciudades;



Cl. J. Kuhn, edit.

MARSELLA Y EL PUERTO, VISTOS DESDE NUESTRA SEÑORA DE LA GUARDIA

cada ventaja aumenta su fuerza de atracción, cada desventaja las disminuye. La grandeza de los grupos urbanos se mide exactamente por la suma de los privilegios naturales; admitiendo, como se comprende, que el ambiente histórico sea idénticamente el mismo. Dos ciudades, una de Africa y otra de Europa, que se hallen en condiciones similares, no dejarán de ser muy diferentes, puesto que la evolución de la historia circundante difiere para cada una: sin embargo, habrá paralelismo en sus destinos. Por un fenómeno análogo al de las perturbaciones astrales, dos centros urbanos próximos se influyen mutuamente, sea para desarrollarse de común acuerdo cuando sus ventajas se completan, como Liverpool, la comerciante,